

La simple y elevada historia de Aldana Carolina González

Fray Jorge Fernández

<http://existenciaflotante.blogspot.com.ar/> <https://www.facebook.com/existenciaflotante>

El primer hecho llamativo que la familia recuerda al hacer memoria de la historia de Aldana Carolina, se remonta a cuando la niña tenía apenas cinco años, es decir hace exactamente 20 años.

El hecho fue así: en las inmediaciones de la casa está la doble fila de los eucaliptos, inmensos, majestuosos, y ventosos. No se sabe cómo, pero la pequeña se había trepado al más grande de todos ellos hasta llegar a las bamboleantes ramas de la cima. Desde allí comenzó a emitir algunos gritillos de júbilo, a modo de celebración por la hazaña realizada, lo cual permitió que sus hermanos y primos la descubrieran. El estupor inicial de estos duró algunos pocos segundos. De repente uno de ellos hizo un comentario de mofa respecto a la ropa interior de A. Carolina, cuyo color se distinguía desde abajo, y todos comenzaron a reír agregando nuevas burlas. En un ataque de orgullo la niña los desafió a treparse hasta donde ella había llegado. Después de algunas especulaciones iniciales dos de ellos hicieron la prueba pero, en la medida que sus pies se alejaban de la tierra, el miedo se les avecinaba y les entraba en el cuerpo. Entonces uno tuvo una buena idea: «nosotros somos varones y no podemos humillar a una mujer, dejémosla como ganadora y así ella estará contenta.» Del dicho al hecho no hubo tanto trecho y todos retornaron inmediatamente a tierra firme.

Aquella pequeña e inicial aventura de A. Carolina, más allá de la reprimenda materna, permitió descubrir, arriba del techo de la casa, la pelota de los chicos, que estaba perdida de hacía algún tiempo; dónde iba a poner los huevos la gallina, que se escapaba todas las tardes; y diversos nidos de pajaritos en las ramas de los eucaliptos.

Perdura en el recuerdo general la imagen de una niña sencilla, jovial y bastante dinámica. Comía normalmente, jugaba mucho, en la escuela era alumna destacada en humanidades y con cierta dificultad para las matemáticas. En la casa desempeñaba con eficacia las tareas requeridas y gozaba mucho de la música, como de cantar y de bailar. Pero... sí, indudablemente llamaba la atención su extraña pasión por las alturas. Los techos, las copas de los árboles, las cimas, eran sus refugios favoritos. A cualquier hora del día y con cualquier excusa posible, apenas tenía la posibilidad, ella escapaba a buscar un lugar en la copa de algún árbol o sobre los techos.

De sus aventuras en las alturas siempre traía alguna novedad: veía mejor los lugares y la gente y, principalmente, descubría cosas que otros no veían. Todo lo relataba naturalmente y sin misterios. Sucedió, a veces, que decía frescamente algunas cosas que según la prudencia adulta hubiera sido mejor callarlas. La primera vez que pasó una cosa del género fue cuando tenía nueve años: una siesta descubrió desde uno de sus miradores que unos de los vecinos cosechaba los zapallos en el huerto de la casa contigua. Cuando los dueños de esta comentaban sus quejas con la madre de A. Carolina, estando ella presente, la niña intervino y simplemente relató lo visto, que por supuesto generó un burbujeante escándalo de vecindario. Para Aldana fue la penitencia de no subir durante todo un mes a ninguna cosa más alta de un metro y un consejo que le pesaría toda la vida: «no es cuestión de que mientas pero es necesario que aprendas a no decir toda la verdad.»

Siendo ya por sí mismo extraordinario este exótico placer de la criatura, también permitió constatar en ella una aguda vista y una capacidad de observación fuera de lo común. No daba signos tampoco de perder la candidez y la libertad de sus coloridas descripciones. Sus padres se consolaban con la clásica frase: «¡son cosas de chicos!» Y alimentaban la esperanza de la superación de estas cosas con el paso del tiempo.

Cuando A. Carolina tenía trece años se produjo la gran sorpresa. No se sabe si era la primera vez que sucedía o era una cosa que ya venía de algún tiempo anterior. Lo cierto es que para su familia fue el inicio de una tragedia. Una tarde de otoño su madre atravesaba el patio de la casa, al mirar hacia los eucaliptos, como por costumbre de precaución, vio la hija, sí, era ella, pese a la incredulidad inicial en aquel segundo eterno durante el cual pasaron por su mente tantísimos pensamientos; A. Carolina estaba más alto que todas las copas de los árboles, sin ningún punto de apoyo concreto donde hiciera contacto algún miembro de su cuerpo, no podía haber dudas: ¡A. Carolina estaba suspendida en el aire, estaba volando! Miraba hacia el ocaso del sol, que galardonaba ofreciendo su adiós cotidiano a manera de fulgurante medallón de fuego entre un cortejo de nubes rojas y amarillentas. El grito materno hizo que la chica descendiera tranquilamente y con la candidez habitual, tratara de relativizar y aun de tranquilizar la confusión y el estupor de su madre.

Para la familia empezó un tiempo de búsqueda de solución a un problema enigmático y misterioso, que no se sabía cómo enfrentar o con cuáles instrumentos atacar. Llevaron la chica al psicólogo y toda la serie de estudios y posteriores consultas entre colegas, no arrojaron otro saldo que: “coeficiente intelectual superior a la media normal, alta sensibilidad, fuerte emotividad, clara convicción de la autonomía personal y, por supuesto, algunos complejos de adolescencia respecto a su cuerpo y a su carácter”.

Se presentó el problema al párroco. El Padre Anselmo vino a la casa, conversó con la chica; no sabiendo muy bien qué hacer pero queriendo hacer algo, decidió ensayar un exorcismo. Pero viendo que ante las oraciones en latín, el agua bendita, y las señales de la cruz no sucedía nada que se pudiera catalogar de “diabólico”, decidió simplemente bendecir la casa, particularmente la habitación de A. Carolina, recomendó mucha oración en familia y a la chica aconsejó de ser obediente y no hacer rabiar a sus padres.

Se fue formando un mundillo que se ampliaba lentamente en torno a la familia, en la medida que los vuelos de A. Carolina cobraron conocimiento público. Entonces venían los amigos de la familia, las comadres, los parientes, los vecinos y hasta los gitanos, para curiosear, para dar consejos e interpretaciones y hacerse así partícipes de la situación. Ante ésta situación A. Carolina se volvió de un carácter un poco más silencioso y huraño. Empezó para ella el tiempo de aprender a gozar de la intimidad y de la soledad, por eso frecuentemente buscaba espacios y tiempos para retirarse.

Los dolores de cabeza para la familia, y a este punto también para algunos allegados, no terminarían aquí. Los compañeros y amigos de A. Carolina eran los mejores informados sobre sus vuelos. Primero porque la chica vivía con ellos una relación de mayor libertad y comunicación. Y segundo porque ellos se habían organizado para realizar un trabajo de seguimiento y poder así espiar los momentos y lugares donde se producían los vuelos. Pese a la amistad y al afecto que los unía nunca faltaban las burlas y sornas respecto de por qué volaba, a cómo se la veía, lo que parecía o la impresión que daba mirándola desde abajo, cosa por otro lado muy normal en ambientes juveniles y aun en los adultos. Probablemente esto y vaya uno a saber cuáles otras razones posibles la llevaron a tomar otra drástica decisión. El día del inicio de la primavera, cuando tenía quince años, vieron

por primera vez a Aldana Carolina González volar totalmente desnuda. Como las flores que comenzaban a abrirse ofreciendo todo el misterio y el candor para quien pudiera contemplarlas. Sin temor de que alguna mala mirada pudiera herir su inocencia o manchar su pureza. Se la podía ahora ver en toda su integridad, sin cubrir, sin esconder ni proteger absolutamente nada de sí, con toda la belleza y los límites de su natural humanidad.

La chica volaba y volaba desnuda, pero además fue ampliando la geografía de sus vuelos. Ya no se limitaba a girar entorno a la modesta propiedad familiar para mirar su pequeño mundo, ahora se la podía ver sobre la plaza, sobre la iglesia, sobre el municipio, sobre el lago, etc. Su mirada se fue educando a mirar desde lo alto y fue conquistando la más aguda precisión, mientras que su capacidad descriptiva alcanzó ribetes artísticos.

Entre las reacciones generadas es digna de mención aquella que se suscitó entre las señoras de la “Asociación de damas católicas para la moral familiar”. Dos miembros representantes vinieron a comunicar a la familia sus preocupaciones y propuestas, surgidas en el seno de sus reuniones. Estaban «seriamente preocupadas por el problema moral que pudiera generar la pública exhibición, así por los aires, y con todas sus vergüenzas descubiertas, de una chica adolescente hasta ahora reconocida como decente y perteneciente a una familia muy decente, más allá de las humildes condiciones materiales en las que vivían». Una de sus propuestas consistía en que la chica estuviese siempre vestida con una ligera túnica blanca y con una delicada corona dorada en la cabeza, de ese modo cuando le atacasen sus vuelos, los que la vieran podrían pensar en los ángeles. Al límite, sugirieron: “podría volar solamente sobre las zonas deshabitadas”. Por supuesto, se ofrecieron gentilmente a contribuir con los gastos necesarios, si es que la familia estaba dispuesta a llevar adelante algunas de estas propuestas.

Hubo muchas cosas, que sucedían desde siempre, que se sabían y se comentaban en voz baja, que conquistaron voz pública gracias a los vuelos y relatos de A. Carolina. La chica no inventaba nada solamente contaba lo que veía. La famosa discusión entre la familia Hernández, propietaria de la casa más grande, y la familia Gonzaga, que se atribuía el tener la casa más alta, fue relatada como una cosa ridícula, porque en realidad las dos casas se veían desde lo alto tan bonitas como insignificadamente pequeñas. Lo cual no produjo gracia ni a los Hernández ni a los Gonzaga.

Se supo que en algunas familias notables, existían personas desconocidas a la sociedad, prácticamente escondidas en pequeños cuartos detrás de las casas, eran personas ancianas o discapacitadas, a las cuales solamente de vez en cuando sacaban a recibir un poco de la luz del sol.

Se supo que Mariana, la prostituta, era la única que iba a visitar a la señora Andrea, la abuelita ciega que vivía sola, y le arreglaba el jardín o le limpiaba el patio. Se supo del secreto amorío vivido por el prestigioso doctor Seller, en la terraza del hospital, con una de las jóvenes enfermeras.

Se supo, finalmente, que las maquinas del municipio que nunca podían prestar servicios públicos, en realidad estaban trabajando en las afueras del pueblo, dentro de las propiedades de algunos altos funcionarios del gobierno. Y así tantas otras cosas. Todos estos datos surgían del entorno juvenil de A. Carolina y se expandían como reguero de pólvora. Hechos, que convirtieron los relatos de ella en una información preciosa que tantos querían escuchar y otros tantos tenían sumo interés de desautorizar y de ser posible acallar.

El pueblo comenzó a vivir como un tiempo de fuerte pudor y de cierta vergüenza. Todos tuvieron la sensación de sentirse, también ellos, como un poco desnudos delante a los ojos de los demás. Eran todas verdades, que simplemente exponían las realidades de

cada uno ante los otros. Aquellas realidades que cada cual trataba de esconder detrás de alguna bella fachada que había logrado construir, para que permanecieran en lo más íntimo posible, para que no se revelara un secreto que estaba en clara contradicción con los prestigios orgullosamente ostentados. Porque las manifestaciones de estas cosas, de algún modo, afectaban a todos. Y para muchos era demasiado difícil mirarse a los ojos reconociendo y aceptando las propias pequeñas desnudeces.

Sin embargo algunas personas estaban muy contentas con todos estos sucesos. Uno era el viejo Octavio. Vivía solo desde hacía mucho tiempo, en una casita que estaba en los márgenes del pueblo y que tenía un prolijo jardín y una gran huerta. Era un hombre cordial y de fuerte espíritu solidario. Algunas tardes A. Carolina iba a visitarlo. Él le preparaba mate dulce con café y pan tostado con manteca y dulce de uvas que él mismo hacía. Ella desplegaba sus relatos con plena libertad. El viejo la escuchaba, se divertía y reían juntos a grandes carcajadas. Al final él simplemente le decía: «Muy bien, muy bien muchacha, no dejes de volar.»

No faltaron quienes tuvieran la pretensión de instrumentalizar aquellos vuelos en favor de sus intereses particulares. El partido de la oposición al gobierno, le pidió en una ocasión si es que podría portar en alto, durante una marcha de la campaña electoral, una pancarta con el nombre del candidato propuesto por ellos. Como recompensa inmediata le ofrecieron la posibilidad de un viaje y, en el caso de ganar las elecciones, un puesto de trabajo seguro.

En otra oportunidad, con ocasión de las fiestas patronales, el párroco le pidió que acompañara la procesión de los fieles exhibiendo en alto un gran rosario con guirnaldas de colores y así inspirar la devoción y la oración de los peregrinos. La misma A. Carolina quiso ofrecer algo similar a sus compañeros, con motivo de la finalización de la escuela, pero fue una gran decepción, en tales ocasiones no hubo vuelos.

Nadie, ni siquiera ella misma, podía instrumentalizar eso vuelos en beneficio de intereses propios o ajenos.

Pero hubo algunas cosas particulares que la hicieron volar como nunca. Cuando murió Gracielita, la chica down y con problemas cardíacos, que tenía doce años, Ana Carolina acompañó el cortejo fúnebre desde lo alto, llevaba unas coronas de rosas y fue sembrando con pétalos los pasos del cortejo. Otra vez, un día de invierno, con ocasión del cumpleaños de Crispín, el mendigo, ella llevó un gran espejo a las alturas y trató de iluminar con los reflejos de la luz del sol, durante algunas horas, la pobre covacha donde vivía su amigo, el cual cantaba, bailaba y la saludaba desde abajo haciendo flamear un pañuelo rojo. Gabriel y Cristina recuerdan que una vez casados, durante diez años no pudieron tener hijos, finalmente ella quedó encinta y dio a luz una pareja de mellizos; en aquella oportunidad A. Carolina, con una gran antorcha les regalaba corazones de fuego dibujados en el cielo.

Cuando la chica tenía alrededor de veinte años, la preocupación fundamental de su familia no era ya que volara o que no volara, que dijera la verdad toda entera o que la dijera a medias, que tuviera una artística capacidad narrativa o que las cosas dichas fueran simplemente frutos de una fantástica imaginación. La preocupación de los padres se centraba en cosas mucho más concretas y prácticas. Ellos constituían una familia humilde, que sobrevivían con esfuerzos y sacrificios, y esta hija, con todas las posibilidades al alcance de las manos, no daba signos de orientar su vida por carriles que la condujeran a un futuro más o menos estable y seguro. No le interesaban las relaciones que pudieran retribuirle un reconocimiento y una aceptación en los ambientes de buen nivel. No se

preocupaba de producir buena impresión o generar atracción en algunos jóvenes que podían ser para ella buenos candidatos. En síntesis, era difícil vislumbrar para ella una vida familiar regular, con marido, con hijos, con una buena casa.

Sus amigos cuentan que algunas veces le preguntaban cómo se hacía para volar, ella respondía sin problemas y con mucha simplicidad: «Primero de todo», decía, «es importante no tener miedo. No tener miedo de las alturas, de la soledad y del silencio que en ellas se encuentran y que paulatinamente se transforman como en una melodía capaz de sostenerte en el vaivén de la brisa. No tener miedo de la inmensidad del horizonte que se puede divisar o adivinar. No tener miedo de cuánto podés quedar expuesto a la vista de los otros.» Decía también que: «es necesario aprender a mirar. Por un lado para poder ver como iguales a todas las personas, porque ver como mejor a unos o como peor a otros, produce desequilibrio con riesgo de inclinación, también para poder descubrir mejor muchas simples bellezas cotidianas que no se saben ver normalmente. Y por último» cuentan que decía, «es importante tener un corazón abierto y libre como para no escandalizarse ni cerrar los ojos por las cosas feas que se ven, porque esto puede conducir a sentirse juez y el juicio es otra fuente de desequilibrios y caídas.»

Ella invitó a sus amigos a volar juntos, porque decía que: «todos y cualquiera de ustedes podría volar si se lo propusiera.» Algunos ciertamente lo intentaron e incluso lograron cierta elevación, pero apenas cobraban conciencia de la altura sentían vértigo y miedo y pedían auxilio. De todos modos experimentaron que podían, y aquello quedó en ellos como una pequeña semilla luchando por germinar en el terruño de sus corazones.

El viejo Octavio, escarbando en sus memorias, nos ha dicho que: «Aldana Carolina volaba porque corría el riesgo de asfixiarse en la pesadumbre de la monotonía cotidiana. Ella, volando, sabía que el mundo era más grande y podía disfrutar con más libertad de las pequeñas bellezas de todos los días. Volaba porque quería descubrir el lado oculto de las cosas, para verlas y aceptarlas integralmente tal como son. Volaba porque quería conocer la justa dimensión del mundo y del lugar que ella ocupaba dentro de él.»

Con todas las tensiones generadas y entrelazadas unas con otras, A. Carolina no podía seguir viviendo en el pueblo. Se fue, o probablemente la hicieron irse. Algunos dicen que un atardecer la vieron volar en dirección al sol y ya no la vieron volver. Otros dicen directamente que ciertas personas poderosas la hicieron llevar a un lugar de donde no hubiera riesgos de que regresase.

De un modo u otro muchos sueñan y auguran un regreso, mientras que otros más bien lo temen y cruzan los dedos para que no suceda. Sus amigos tienen opiniones divididas sobre ella, pero todos reconocen que sus vuelos y relatos le han hecho mucho bien a la autenticidad de la comunidad. «Ahora sabemos mejor qué y quiénes somos, pero corremos el riesgo de olvidarlo» han dicho los jóvenes. Por eso algunos de ellos creen, recordando la invitación de la misma A. Carolina, que sería bueno volar. Y más allá de todos los miedos y de todas las dudas, están decididos a intentarlo.

Padova, 1998